cida, despojada de cuanto no sois Vos, combatida por fuera por la impiedad y la heregía, y por dentro con la indiferencia y las culpas de sus hijos, recibiendo golpes terribles en su cabeza visible, que lastiman y perjudican á todo el cuerpo: favorecedla, mandadle ministros celosos que la defiendan, almas de oración y de virtud que sin cesar os la encomienden; corazones inflamados en vuestro amor que la alivien y consuelen. Tomad una santa venganza de vuestros enemigos, disparando contra ellos vuestras saetas agudas, é hiriendo con ellas el corazón de los enemigos del rey eterno, para que cayendo los pueblos bajo vuestras plantas, os adoren, os conozcan y os amen. Haced, finalmente, que yo me llene de un santo celo por la salud de las almas, que ayude á alcanzarla con fervorosos ruegos, y que logre ver un gran número de corazones ocupados sólo en vuestro amor puro y ardiente, para que, procurando vuestro honor y gloria durante la vida, gocemos de vuestra belleza soberana eternamente. Amén.

QUINTO DIA.

Corazón adorable de Jesucristo, dejadme preguntaros con respeto: ¿por qué clamais en esa noche de tristeza, "Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz"? Vos habíais venido para salvar al mundo del pecado, y desde el primer instante de vuestra vida aceptásteis esa penosa misión; hablábais de vuestra pasión

á los discípulos como de una cosa que aguardábais con ansia: pues ¿qué significan esas palabras de vacilación y desaliento?... ¡Oh Salvador mío! Era que siendo Dios, érais también hombre verdadero, y como tal, queríais sentir un horror natural á los dolores y á la muerte, para que aún esta pena no os faltase. Al presentarse ante Vos la ceguedad de los judíos, la crueldad los gentiles, la malignidad de los jueces, y la falsedad de los acusadores, la inhumana dureza de los verdugos: al representaros los satélites armados que habían de venir á aprehenderos, á Vos mismo arrastrado con ignominia por las calles de Jerusalén, á vuestros discípulos fugitivos, al pueblo amotinado, á un criminal preferido á Vos, y á un juez cobarde firmando vuestra muerte, vuestra santa humanidad, temblaba de pavor y sobresalto, y repetíais vuestra humilde oración: "Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz."

Pensábais en aquella deshecha tormenta que había de descargar sobre vuestro sensible cuerpo: en las crueles bofetadas que ós darían los criados insolentes, en aquellos azotes que la barbarie había de multiplicar sobre todo número, en aquellas punzantes espinas que habían de atormentar por largas horas vuestra cabeza, en la cruz que agravaría vuestros hombros lastimados, en los clavos que traspasarían vuestras manos y piés, y en aquella última lanzada que abriría un herida en vuestro costado, y traspasaría vuestro Corazón aunque sin vida. Y al mirar tan-

tos tormentos pagados con tantas ingratitudes, el sanguíneo sudor se hacía más copioso, vuestro dolor se aumentaba, y repetíais con voz angustiada vuestra ferviente oración: "Padre mío, si es posible pase de mí este cáliz;" pero conformándoos perfectamente con la divina voluntad, añadíais: "Mas no se haga mi voluntad sino la vuestra." ¡Oh Jesús mío! vuestra angustia había sido suprema, y fué preciso que un ángel bajase á confortaros, y un milagro del amor de vuestro Corazón os conservase entretanto la vida.

¡Oh, y cuánto habeis sufrido por nosotros!

Mas á pesar de ello, todavía no hacemos caso de vuestras penas, y olvidamos los dolores de que solo nosotros fuimos causa. Vos lo aceptais todo por salvarnos, y nosotros nada queremos hacer para alcanzarlo; Vos apurais el caliz del dolor hasta las heces, para endulzar las amarguras de nuestras penas; y nosotros rehusamos padecer aun la contradicción más pequeña, y no sabemos hacer la menor violencia á nuestras pasiones.

Remediadnos ¡oh santo Corazón! hacednos pacientes y sufridos, dadnos á conocer el precio grande de las cruces, y haced que aprendamos de vuestra imagen, en la que quisicteis aparecer herido, cargado con la cruz y cercado de espinas, que es necesario padecer para llegar á amaros, y que seremos felices, si por los pequeños trabajos de la vida presente, llegamos á la gloria que se revelará en nosotros algún día. Amén.

SEXTO DIA.

Levantándoos de vuestra oración, decís á los Apóstoles que os acompañaban: "Levantaos, y vamos, porque se acerca el que me ha de entregar." ¡Pero Señor! ¿quién puede entregaros á Vos tan manso, tan inocente? ¿Será alguno de esos fariseos á quienes reprendíais públicamente, echándoles en cara su vergonzosa corrupción? Nó; ellos se reservan el delito de vuestra muerte; pero como el padecer de parte de los amigos y favorecidos suele ser más doloroso, había de ser un amigo, un discípulo vuestro el que os entregase vilmente en manos de vuestros enemigos. Judas, uno de los apóstoles, ennoblecido con una vocación

tan especial, testigo de vuestros prodigios, asistente á vuestras enseñanzas, y hecho por un favor particular, tesorero del colegio apostólico, os entrega con la más negra de las traiciones, y pactando con los Príncipes de los Sacerdotes, les promete poneros en sus manos mediante una vilísima suma de dinero. Y fué tal el dolor que os causó la desgracia de este apóstol, que muchas veces hablásteis de ello en la cena, pretendiendo conmover á aquel rebelde corazón. Pero Judas no se arrepiente, ni vuelve atrás de sus inícuos proyectos; antes sale poseído por el demonio, acelera sus pasos, y hablando con los Príncipes de los sacerdotes, se da prisa á cumplir lo prometido, poniéndose á la cabeza de los ministros que van á aprehenderos, y

llevándolos al huerto, donde sabía que acostumbrábais recogeros á orar durante la noche. Vos le mirais llegar en busca de vuestra persona, y entonces és, cuando levantándoos del lugar de vuestra oración, y despertando á vuestros discípulos, les advertís la llegada del traidor, el cual por fin se acerca, os saluda y os da el ósculo convenido, principio de vuestra pasión y preludio de vuestra muerte. Mas ¿qué sentísteis Vos al recibir ese ósculo infame y maldito?....Vuestras palabras claramente lo revelan; y cuando le decís: "Amigo, ¿á qué has venido?" vuestro amor estaba pronto á conservarle en vuestra estimación y amistad, con tal que reconozca su error y se arrepienta de su pecado. Mas viendo que permanece inmoble en su

maldad, añadís: "Judas, ¿así entregas al Hijo del Hombre, con un ósculo?" Y de este modo le revelais su maldad, y mostrándole su propio corazón, le haceis ver que sois Dios á quien nada se le oculta, y le inclinais á la detestación de su crimen, ahorrándole su confesión. Pero él al fin permanece obstinado, y consuma su horrible traición, delante de los hombres y de los ángeles.....

¡Oh, y cuánto sentísteis la pérdida de este apóstol! ¡cuánto dolor os causó aun en medio de vuestros tormentos el espectáculo de su última desgracia! Mas ¡oh Corazón de Jesucristo! ¿cuántas veces no se repite en el mundo esta escena dolorosa sin que os mostremos la menor compasión? Os vendemos á cada paso por un deleite culpable ó por un vilísi-

mo interés; os ponemos en manos de vuestros enemigos siempre que os hacemos descender á un corazón manchado; os perdemos con señal de paz y amistad cuando con vil hipocresía ostentamos las señales exteriores de la piedad, teniendo la iniquidad dentro del alma; y os entregamos de mil maneras en poder de vuestros verdugos. Y á pesar de esto no hay quien gima, no hay quien os compadezca ni os defienda; insensibles á los estragos del pecado, sólo sabemos afligirnos por los males temporales. Fortaleced, pues, nuestra fé; encended nuestro amor, hacednos sentir sumamente las ingratitudes y ultrajes con que los hombres corresponden vuestras finezas; llenadnos de un santo temor de ofenderos después de haber sido vuestros discípulos y amigos; ponednos en el número de aquellas almas que de veras os aman, y que perderían mil veces la vida antes que ofenderos; y haced que honremos á vuestro dulce Corazón juntamente con los ángeles en las eternas mansiones de la Bienaventuranza. Amén.

SEPTIMO DIA.

Al fin Judas os entrega, se desespera y se condena: pero ¡oh Corazón de Jesús! aun os quedan los otros apóstoles fieles: ellos que no se han manchado con ninguna traición, os consolarán, os acompañarán en los amargos pasos de vuestra pasión, y harán con su presencia menos doloroso siquiera vuestro suplicio! Mas, ¡qué digo Redentor mío! ¿acaso no debíais padecer solo, sin consuelo, y

abandonado al morir hasta de vuestro Padre celestial? Así es en verdad, Señor, y por eso los apóstoles á pesar de sus promesas, cuando ven llegar la hora terrible predicha por Vos, y os miran cargar de cadenas, en esos instantes, en que más debieran manifestaros su gratitud y su ternura, por el contrario, llenos de susto y de terror, huyen cobardemente del teatro de vuestras penas, y corren á ocultarse cautelosamente de las pesquizas de vuestros enemigos.

¡Oh Corazón de Jesucristo! ¿Conque todos os han abandonado? ¿Conque aun los discípulos se alejan, y los amigos desfallecen? ¡Oh Señor! Aun os pagan los hombres de la misma manera: aquellos á quienes habeis honrado con una vocación especial, arrebatándolos de los vanos cui-

dados de la tierra, comunicándoles vuestra luz en la oración, vuestra palabra en las instrucciones de los santos ministros, y vuestro cuerpo en la frecuente comunión; estas mismas almas os olvidan, y sirviéndoos sólo mientras duran los celestes consuelos, cuando es preciso acompañaros al Calvario, y seguiros con la cruz sobre los hombros, entonces os vuelven las espaldas, como los apóstoles en el huerto, tiemblan á la vista de vuestros enemigos, y huyen cobardemente á ocultarse en las habitaciones de la tibieza y del olvido. Ya no vemos aquellas almas fervorosas y fieles que os sirven con una santa abnegación, y que caminan gozosas por vuestras huellas ensangrentadas; y la virtud en nuestros días parece que no alcanza á gustar las delicias

de vuestra cruz, y la dicha inefable de las penas.

Haced Vos, ¡oh Corazón adorable! que las almas os acompañen y os consuelen; que vuelva á arder en los corazones el fuego santo que os consume; que los hijos que os sirven y os adoran, sacudan el funesto sueño de la tibieza, que mediten constantemente en vuestros inmensos dolores para que, animados á sufrir por Vos y con Vos toda clase de trabajos, merezcan recibir la corona prometida, á los que combatieron legítimamente y hasta el fin. Amén.

OCTAVO DIA.

Corazón pacientísimo de Jesucristo, aun no bastaban tantas penas para darnos á conocer la inmensidad

de vuestro amor, y todo lo que habíais sufrido os parecía poco por el grande deseo que teníais de padecer por nosotros. Mas contentaos, porque aun os queda mucho que sufrir en esa noche de interiores tormentos. San Pedro, el apóstol escogido por Vos para cabeza de la Iglesia, y Príncipe de los Pastores; San Pedro, que había proclamado tan claramente vuestra Divinidad, y á quien habíais hecho tan grandes promesas; él, que poco antes aseguraba que no se escandalizaría en Vos, y que os acompañaría hasta la muerte, confiando vanamente en sí mismo, y creyendo más que á vuestros anuncios, al amor que os profesa, entra en la casa donde los sacerdotes os juzgaban del modo más inícuo, y mientras ellos buscan falsos testigos, y os acusan de

blasfemia, él os niega cobardemente, perdiendo el ánimo á la pregunta de una simple mujer; y poco después no sólo reitera su negativa, sino que á la tercera vez agrava su pecado con juramentos é imprecaciones. Mas Pedro recuerda dentro de unos instantes vuestras predicciones, abandona el lugar de su caída, sale afuera y comienza á llorar su pecado. Una mirada vuestra que recibe, basta para enternecerle, para cambiarle y convertirle.

¡Oh! y cuánto no debísteis Vos sufrir en esa indigna conducta del Príncipe de los apóstoles! ¡Cómo no debísteis sentir esa série de pecados que á las ofensas de vuestros enemigos había venido á añadir la injuria de los mismos amigos! De suerte que en esa noche de penas, estaba decre-

tado que sufriéseis toda clase de dolores, y no fué el menor de ellos el que os causó la negación de San Pedro, de aquel apóstol á quien entre todos habíais condecorado y distinguido. Y así como había habido un Judas en cuya conducta se mirase la espantosa malicia del corazón del hombre, capaz de hacer ineficaces las gracias más suficientes del cielo, cuando no queremos cooperar á la gracia, así también convenía que en otro pecador resplandeciesen vuestras misericordias, y la eficacia maravillosa del arrepentimiento. ¡Corazón de Jesucristo! ¡Cuán bueno sois! ¡cuán misericordioso! sufrís con divina resignación la ingratitud de vuestro apóstol, pedís por él á vuestro Padre, y ya que no podeis, estando en prisiones, salirle al encuentro y

rendirle con vuestras palabras, quereis convertirle con una dulce, tierna, compasiva y omnipotente mirada de vuestros ojos! Nosotros renovamos á cada paso el dolor que os causó la caída de San Pedro, cuando después de haber sido iluminados y de haber gustado los dones celestiales, cedemos á los más pequeños encuentros, y por un ruin interés, por un humano respeto, ó por una fatal debilidad, os negamos delante de los hombres, y juntamos á nuestra negación las culpas más enormes; todos los días estais recibiendo semejantes tratamientos, adorable Salvador mío, y la caída del apóstol ha tenido muchos imitadores, sin tenerlos su penitencia; yo mismo he sido bastante desgraciado para abandonaros muchas veces, después de haberos cono-

cido, y para haberos negado ingratamente después de los más señalados favores. Dignaos, pues, darme una mirada de amor y de misericordia que me conmueva, que me arranque para siempre de las tristes vanidades de la tierra, y me haga llorar amargamente mis pecados; de esta manera, imitando al apóstol en su penitencia, podré alabar con él, en el cielo, la bondad y la ternura de vuestro amabilísimo Corazón. Amén.

ULTIMO DIA.

Corazón afligidísimo de mi Dios, aun hay otro dolor muy intenso que en esa noche os atormente y despedace. María, vuestra Madre, aquella Virgen tan pura é inocente, llamada por Dios á deshacer las obras de la

mujer primera, y á tomar parte en la reparación del género humano, padece y sufre por Vos horriblemente; vuestros tormentos la oprimen, vuestros dolores la despedazan, y vuestra mortal tristeza la pone á punto de desfallecer. Unido en todo su santo corazón con el vuestro, no hacen los dos sino una sola víctima, que se inmola voluntariamente por los pecados del mundo. Así como María es el alma que más supo conoceros y amaros entre todas las criaturas, así también ella es la que mejor supo compadeceros, la que se unió más íntimamente con vuestros sentimientos, y cuyos dolores, después de los vuestros, fueron los más meritorios y los menos merecidos. Ella, pues, sufre uno á uno vuestros dolores; pero Vos sufrís también, además

de los vuestros, los de tan santa madre, y experimentais una profunda compasión al ver padecer á aquella celestial criatura, aquellas penas cuya intensidad sólo vos pudísteis conocer. Vos, que sois el más sensible y amoroso de los corazones, ¿cuánto no amaríais á la Virgen María, á aquella mujer tan admirable y tan semejante á Vos, á aquella que os había dado el ser humano y que había sido el glorioso conducto por donde se nos ministró vuestra Divinidad, siendo vuestra verdadera madre? ¡Ah! que ella era en verdad la criatura predilecta de vuestro Corazón, y la amábais como ama á su madre el hijo más tierno y agradecido. Pero si tal era el amor que le teníais á esta Soberana Señora, ¿cuál sería vuestro dolor al verla llena de tor-

mentos y dolores, desgarrado con vuestras penas su corazón maternal, y sufriendo en su noble alma todo cuanto Vos sufríais en vuestro cuerpo adorable? ¡Ah Señor! que en verdad la contemplación de las angustias de vuestra afligida Madre vino á dar el colmo á vuestros dolores, y á acabar de despedazar á vuestro amante Corazón.

¡Oh Corazones de Jesús y de María! que padecísteis tanto por mi amor. Haced que entre yo en vuestros mismos sentimientos, que me santifique con la meditación de vuestros dolores, y que saque por fruto de las prácticas de estos días, una nueva y eficaz detestación de todos mis pecados, unos vivos deseos de dar á conocer á todo el mundo vuestras riquezas soberanas, un profundo dolor de ver al Señor tan ultrajado de los hombres, con un celo ardiente para proseguir la obra de la perfección en mi propio espíritu; de esta manera, si logro ser uno de vuestros fervorosos amadores sobre la tierra, alcanzaré por vuestra gracia la felicidad infinita de ser uno de vuestros adoradores en las clarísimas moradas de la gloria. Amén.